

Émile Ajar

La vida ante sí

Traducción de Ana María de la Fuente



Plataforma Editorial
Barcelona

Título original: *La vie devant soi*

Primera edición en esta colección: octubre del 2007

© Éditions Mercure de France, 1975
© de la traducción: Ana María de la Fuente, 1989-2007
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2007
Plaça Francesc Macià 8-9 – 08029 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 7999 – Fax: (+34) 93 419 2314
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 43.313-2007

ISBN: 978-84-935962-9-3



Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:
Rubén Verdú y **peeping monster**
www.peepingmonster.com

Impresión:

Romanyà-Valls - Verdaguer, 1 - Capellades. Barcelona

www.romanyavalls.es



Lo primero que puedo decirles es que vivíamos en un sexto sin ascensor y que para la señora Rosa, con los kilos que llevaba encima y sólo dos piernas, aquello era toda una fuente de vida cotidiana, con todas las penas y los sinsabores. Así nos lo recordaba ella cuando no se quejaba de otra cosa, porque, además, era judía. Tampoco tenía buena salud, y otra cosa que puedo decirles es que era una mujer que merecía un ascensor.

La primera vez que vi a la señora Rosa tendría yo tres años. Antes de esa edad no se tiene memoria y se vive en la ignorancia. Yo dejé de ignorar a la edad de tres o cuatro años y a veces lo echo de menos.

Había en Belleville otros muchos judíos, árabes y negros, pero la señora Rosa tenía que subir los seis pisos ella sola. Decía que el día menos pensado se moriría en la escalera y todos los chiquillos se echaban a llorar, que es lo que

Émile Ajar

se hace cuando se muere alguien. Unas veces allí éramos seis o siete y otras veces más.

Al principio, yo no sabía que la señora Rosa me cuidaba por un giro que recibía a final de mes. Cuando me enteré, tenía ya seis o siete años, y para mí saber que era de pago fue un golpe. Creía que la señora Rosa me quería desinteresadamente y que éramos algo el uno para el otro. Estuve llorando toda una noche. Fue mi primer desengaño.

Al verme tan triste, la señora Rosa me explicó que la familia no significa nada y que hasta los hay que se van de vacaciones dejando al perro atado a un árbol y que cada año mueren tres mil perros privados del cariño de los suyos. Me sentó en su regazo y me juró que yo era para ella lo más valioso del mundo. Pero entonces me acordé del giro que llegaba todos los meses y me fui llorando.

Bajé al café del señor Driss y me senté delante del señor Hamil, que era vendedor ambulante de alfombras en Francia y había visto de todo. El señor Hamil tiene unos ojos muy bonitos que da gusto verlos. Cuando lo conocí, era ya muy viejo y después no ha hecho más que envejecer.

—¿Por qué sonrío siempre, señor Hamil?

—Para dar gracias a Dios todos los días por mi buena memoria, mi pequeño Momo.

Yo me llamo Mohamed, pero todos me llaman Momo, que es más de niño.

—Hace sesenta años, cuando era joven, conocí a una muchacha que me quería y a la que yo quería también. Aquello duró ocho meses, hasta que ella se mudó de casa y ahora, al cabo de sesenta años, todavía me acuerdo. Yo le decía: «No te olvidaré nunca». Pasaban los años y no la olvidaba. A veces tenía miedo, porque aún me quedaba mucha vida por delante y ¿qué palabra podía darme a mí



La vida ante sí

mismo yo, un pobre hombre, cuando es Dios quien tiene la goma de borrar? Pero ahora ya estoy tranquilo. No voy a olvidar a Djamila. Ya me queda poco tiempo, me moriré antes.

Pensé en la señora Rosa, dudé un momento y le pregunté:

—Señor Hamil, ¿se puede vivir sin amor?

Él no contestó y bebió un poco de té de menta, que es bueno para la salud. Desde hacía una temporada, el señor Hamil llevaba siempre una chilaba gris para que, si le llegaba la hora, no le pillara en americana. Me miró y guardó silencio. Seguramente pensaba que yo todavía no era apto para menores y había cosas que no debía saber. Entonces tendría siete o tal vez ocho años, no puedo decírselo con exactitud, porque resulta que no tengo fecha, como verán cuando nos conozcamos mejor, si les parece a ustedes que vale la pena.

—Señor Hamil, ¿por qué no contesta?

—Eres muy joven y cuando se es tan joven es mejor no saber ciertas cosas.

—Señor Hamil, ¿se puede vivir sin amor?

—Sí —dijo él, bajando la cabeza como si le diera vergüenza.

Yo me eché a llorar.

Durante mucho tiempo, no supe que era *árabe* porque nadie me había insultado todavía. No me enteré hasta que fui a la escuela. Pero no me peleaba nunca con nadie porque cuando se pega a alguien se hace daño.

La señora Rosa había nacido en Polonia, como judía que era, pero se había buscado la vida muchos años en Marruecos y en Argelia y hablaba el árabe como usted y como yo. Por lo mismo, sabía también judío y muchas veces nos



Émile Ajar

hablábamos en esa lengua. La mayoría de los vecinos de la casa eran negros. Hay tres casas de negros en la calle Bisson y otras dos en las que viven por tribus, como hacen en África. Los que más abundan son los sarakollés y luego vienen los *toucouleurs*, que no son pocos. Hay otras muchas tribus en la calle Bisson, pero no tengo tiempo de nombrarlas a todas. El resto de la calle y del bulevar de Belleville es principalmente árabe y judío. Y así hasta la Goutte d'Or, donde empiezan los barrios franceses.

Al principio, yo no sabía que no tenía madre ni sabía que hiciera falta tener una. La señora Rosa evitaba hablarme de ello para no hacerme cavilar. No sé por qué nací ni qué pasó exactamente. Mi amigo el Mahoute, que tiene unos años más, me dijo que eso es por las condiciones de higiene. Él nació en la Alcazaba de Argel y no vino a Francia hasta después. En la Alcazaba no había higiene y él nació porque no tenían bidé, ni agua potable, ni nada. El Mahoute lo supo después, cuando su padre trató de justificarse y le juró que no había habido mala voluntad por parte de nadie. El Mahoute dice que ahora las mujeres que se buscan la vida tienen una píldora para la higiene, pero que él había nacido demasiado pronto.

A casa iban muchas madres una o dos veces a la semana, pero siempre era para ver a los otros. En casa de la señora Rosa casi todos éramos hijos de putas y cada vez que alguna se iba a provincias para buscarse la vida durante unos meses, pasaba a ver al crío antes y después. Y por eso empecé yo a andar a vueltas con mi madre. Me parecía que todos tenían madre menos yo. Y empecé a tener calambres de estómago y convulsiones para hacerla venir. En la acera de enfrente había un chico que tenía un balón, que me había dicho que cada vez que le dolía el vientre iba su madre a verlo. Yo

La vida ante sí

tuve dolor de vientre, pero nada. Luego, tuve convulsiones y tampoco. Hasta empecé a cagar por todo el piso para llamar la atención. Nada. Mi madre no vino y la señora Rosa me llamó moro de mierda por primera vez, porque ella no era francesa. Yo le grité que quería ver a mi madre y seguí cagando por toda la casa durante unas semanas para vengarme. La señora Rosa acabó por decirme que si no paraba me llevaría a la Asistencia Pública y ahí tuve miedo, porque la Asistencia Pública es lo primero que se enseña a los niños. Seguí cagando por principio, pero no era vida. Entonces éramos siete los hijos de putas pensionistas en casa de la señora Rosa, y todos se pusieron a cagar a cuál mejor, porque no hay nadie más conformista que un crío, y pronto hubo tanta caca por todas partes que la mía no se notaba.

La señora Rosa estaba ya muy vieja y cansada aun sin esto y lo tomaba muy a mal, porque ya había sido perseguida por judía. Todos los días tenía que subir varias veces los seis pisos, con sus noventa y cinco kilos y sus dos pobres piernas, y cuando entraba en casa y olía la caca se dejaba caer en una butaca con todos los paquetes y se echaba a llorar. Y hay que comprenderla. Los franceses son cincuenta millones de habitantes y decía ella que si todos hubieran hecho como nosotros, ni los alemanes lo habrían resistido y se habrían largado. La señora Rosa conoció bien Alemania durante la guerra, pero había vuelto. Entraba, olía la caca y se ponía a gritar: «¡Esto es Auschwitz! ¡Esto es Auschwitz!», porque la habían deportado a Auschwitz, por lo de los judíos. De todos modos, en lo del racismo era siempre muy correcta. Con nosotros vivía un tal Moisés al que ella llamaba a veces moro sucio, pero a mí nunca. Todavía no me había dado cuenta de que, a pesar de su peso, aque-

Émile Ajar

lla mujer tenía delicadeza. Al fin lo dejé, porque tampoco conseguía nada ni venía mi madre. Pero seguí teniendo calambres y convulsiones durante mucho tiempo y aún ahora me duele el vientre a veces. Después traté de llamar la atención de otro modo. Empecé a mangar del aparador de las tiendas, aquí un tomate y allí un melón. Siempre esperaba a que alguien mirase. Cuando salía el dueño y me daba un cachete, me ponía a berrear, pero, por lo menos, alguien se fijaba en mí.

Un día robé un huevo en una tienda. La dueña me vio. Yo prefería robar donde hubiera una mujer, pues lo único de lo que podía estar seguro era que mi madre era una mujer, ya que no puede ser de otro modo. Cogí el huevo y me lo metí en el bolsillo. La dueña de la tienda se me acercó. Yo estaba esperando el cachete para hacerme notar. Pero ella se agachó y me acarició la cabeza. Y hasta me dijo:

—¡Qué chico más guapo!

Al principio, pensé que quería recuperar el huevo por la vía sentimental y yo lo apretaba con la mano en el fondo del bolsillo. No tenía más que darme un cachete, que es lo que hacen las madres cuando se ocupan de uno. Pero ella se levantó, se fue al mostrador y me dio otro huevo. Después me besó. Tuve un momento de esperanza que no puedo explicarles porque no es posible. Me quedé toda la mañana delante de la tienda, esperando. No sé lo que esperaba. De vez en cuando, la mujer me sonreía y yo seguía allí con el huevo en la mano. Tendría entonces unos seis años y me figuraba que aquello era para toda la vida, cuando en realidad no era más que un huevo. Volví a casa y estuve todo el día con dolor de vientre. La señora Rosa había ido a la comisaría para dar un falso testimonio que le había pedido la señora Lola. La señora Lola era un travesti del cuarto piso,

La vida ante sí

ex campeón de boxeo del Senegal antes de pasarse al otro bando; que ahora trabajaba en el Bois de Boulogne y había noqueado a un cliente sádico que no podía figurarse con quién había dado. La señora Rosa tenía que declarar que aquella noche había estado en el cine con la señora Lola y que después las dos habían estado viendo la televisión. Más adelante hablaré de la señora Lola, que, desde luego, era una persona distinta de las demás, porque también las hay. Por eso la quería yo.